

Si preguntamos quién es tal sujeto, la respuesta dice: *alguien que siente y actúa como persona singular soberana*. Suena extraño a primera vista, no menos que quizá vago y hasta arriesgado. Para ser exactos, suena muy probablemente delictivo, considerando que nadie llega al bosque sin «reservarse la decisión» en ciertos campos, campos donde la propaganda urge con gran vehemencia a delegarla. Concretamente, no será un emboscado mientras decidan por él en medicina, ética y acatamiento a las leyes; tampoco lo será mientras no plantee como cuestión exclusivamente suya su propiedad y el modo de afirmarla. De los protectores y vigilantes institucionales exige algo sencillo en extremo: recurrir a su ayuda cuando lo crea conveniente él, no cuando lo crean conveniente ellos.

El caso resulta singularmente claro en materia de salud, pues cuidar del propio cuerpo se ha convertido en un asunto *indirecto* para la mayoría de quienes pasan por gente civilizada. Entre el individuo y los actos conducentes a su mantenimiento se interponen ahora profesionales de la cura y profesionales que consideran al adulto mucho más incapaz aún de valerse que lo consideraron sus precedentes próximos, los curadores eclesiásticos de almas. Y, por supuesto, mienten al menos tanto como ellos. Si los curadores de sotana negra aseguraban, por ejemplo, que la masturbación produce ceguera y parálisis general progresiva, los curadores de bata blanca aseguran, por ejemplo, que dedicar una vida desde la infancia a la hipotética posibilidad de rebajar algunas milésimas en cierto récord resulta psíquica y físicamente muy sano. Si aquéllos prohibían a los adultos leer textos no bendecidos por el director espiritual, estos prohíben a los adultos consumir fármacos no bendecidos por su director sanitario. De ahí que sea pertinente escuchar a Jünger otra vez:

No es el médico, sino el enfermo quien es un soberano dispensador de salud, que él saca de residencias inexpugnables. Sólo cuando él, el enfermo, pierde el acceso a esas fuentes es cuando está perdido (...) La influencia cada vez mayor que el Estado empieza a ejercer en los servicios médicos, casi siempre con pretextos sociales, es algo que resulta sospechoso e incita a la máxima cautela.<sup>4</sup>

El emboscado —recordémoslo— decide no sólo en medicina, sino en ética y acatamiento a las leyes. Cabría pensar que esto olvida a «los demás» y a la «totalidad», si no fuera porque supone justamente lo contrario. Reservarse la decisión es exigir que les sea reservada a los demás y a la totalidad, sin otro posible perjudicado que el armador Leviatán y su crucero de lujo, el segurísimo *Titanic*, que imponen condiciones discutibles al pasaje. El emboscado no quiere salir de la coacción como quien se opone a una en nombre de otra, como quien huye hacia algún destierro o como quien anda poseído de misantropía. Bosque no es un lugar geográfico determinado, ni nada finalmente distinto del punto donde pernocta un corazón reñido con cualquier forma de crueldad. También puede decirse que el emboscado jura odio eterno a la crueldad en general, fuera cual fuere su objeto.

Ahora bien, ¿qué se ve desde la emboscadura? Junto a la necesidad de desoír toda norma impuesta por violencia, todo consejo coactivo, la de aprender a hacerlo evitan-

<sup>4</sup> Ob. cit., pp. 129-130

do una fulminación definitiva. A cambio del riesgo, resistir la coacción libera de sentirse aplastado por el aparato. Abrumadoramente poderosa para quienes profesan soberanía nacional en vez de soberanía personal, toda esa maquinaria se revela al mismo tiempo como tramoya cambiante, simple escenario para el viejo dilema entre ser y no ser.

A partir de aquí, uno abandona el fraude llamado infalibilidad científica para entrar en teología. La parafernalia tecnológica obtiene —como lo demás— su apoyo en dos ramas de realidad última, una designada de antiguo como lo sacro y eterno, otra que algunos llaman *humanitas* en sentido fuerte. Cualquiera de las ramas lleva a aquella alocución de Hegel pidiendo el coraje de la verdad: los humanos deben honrarse a sí mismos y considerarse dignos de lo más alto; jamás podrán sobreestimar la potencia del espíritu. Con esa divisa por norte, los emboscados presienten innumerables Cristos, renacidos sobre una amalgama de Hércules, Atenea y Dionisio, que invocan «el placer de hacer real la libertad».

Teología pura y dura, pues, en los antípodas del nihilismo. Quien acate la nada como ser sucumbirá a la herida del tiempo, inmerso en una avidez infantil de novedades-baratija que nacen ya caducas, sin perspectivas de crecer él al ritmo de sus propios años. No tiene sentido emboscarse, sino para entrar en contacto con lo divino e intemporal que subyace a cada presencia; para bañarse en las fuentes originales de jovialidad y abundancia; y para saber hacer frente a la angustia que como un buitre devora nuestro hígado a pesar de todo, porque la profundidad es fugaz y aparece teñida por la sangre de tantos sacrificios evitables.

Pero lo primero que el emboscado aprende es a distinguir dónde están los peligros inventados para hacerle pusilánime, y dónde aquellos peligros de los que nadie podría escapar, aún siendo impecablemente valeroso. Quimeras y monstruos góticos, con los demás jeroglíficos de la opresión, adornan a un poder que desde Ramsés en adelante se perpetúa dividiendo a los hombres en fieles vasallos y contumaces enemigos. Sus detentadores han degradado el combate por la dignidad personal a masacre, en la que todos pueden sucumbir salvo ellos mismos, y quienes acepten lucir un uniforme lucharán en realidad para reforzar servidumbres, flanqueados por profesionales del exterminio.

En esencia, la domesticación de hombres pasa por lograr que hasta los actos libres no parezcan tales, cosa cumplida en la práctica cuando una jerarquía de peligros extrínsecos sustituye al contacto personal con las fuentes intrínsecas del miedo. Así se coloca el sargento detrás de la tropa cuando llega la hora del asalto, con un fusil que amenaza al posible desertor en la carnicería, y así se coloca detrás de quien inventa o fabrica armas la sombra de colegas igualmente ruines, trabajadores a sueldo para otro Leviatán.

Esta técnica fracasa con el emboscado, que teme ante todo incumplir la parte divina de su naturaleza y, en esa misma medida, quiere contemplar serenamente el misterio de la muerte.

A finales de milenio, con las cosas como están, cuesta imaginar algo más intempestivo. ¿No vivimos un grandioso rechazo de la libertad como *goce*, justamente cuando las libertades parecen más conquistadas? Sin embargo, quien se tira al bosque no mendiga asentimiento, ni cree en el número como legitimación. Quiere aniquilar el miedo y desespera de lograrlo multiplicando las gendarmerías. Su apuesta es lograrlo con una convergencia poética, eminentemente natural, de su deber y su placer. Como dice el propio Jünger, esa posibilidad nos es ante todo interna:

El mundo donde estamos se asemeja a una embarcación que a veces exhibe rasgos de comodidad confortable y otras muestra signos de terror. A la mayoría de los pasajeros se les pasa desapercibido que habitan *simultáneamente* en un mundo distinto. Es tan superior el segundo de estos reinos al primero, que parece contenerlo dentro de sí como un juguete. El segundo de estos reinos es puerto, es patria, es paz y seguridad, cosas que todos nosotros llevamos dentro.

Aceptando esto, nos queda saber que el amaestramiento —impuesto como premisa de «integración social» por los controladores en la democracia de masas— es un destino de castración pura y simple, pero que no tiene fuerza para resistir duraderamente al poder de una minoría emboscada, aunque sea muy pequeña en número, porque el coloso es tan enorme como en última instancia torpe. Su inquietud ante los progresos de la libertad sustancial se muestra en que «crea ramas especiales para el empleo de la violencia, y ramas especiales de la propaganda que aboga por dicho empleo»; el criminal común le turba mucho menos que quien practica su condición de Ser Humano con mayúsculas, arraigando en los manantiales éticos y estéticos aparejados a ella.

La resistencia a cualquier coacción ha de ser, pues, audaz y cauta al mismo tiempo. Una franqueza abierta con los albaceas de Leviatán sería «entregar al tirano la lista de los últimos hombres». Como añade Jünger:

Vivimos unos tiempos en que resulta difícil distinguir la guerra de la paz. Los matices han borrado las fronteras que separan el servicio militar del crimen (...) También actúa como agravante el hecho de que falten aristócratas del espíritu, y todos los poderosos hayan ido ascendiendo por los escalones de los partidos. Esta circunstancia disminuye desde el principio las dotes para ejecutar actos orientados hacia la totalidad, es decir, acuerdos de paz, juicios, fiestas, donaciones y acrecentamientos. Antes, por el contrario, las fuerzas quieren vivir de la totalidad; no son capaces de mantenerla y aumentarla mediante una riqueza interior, mediante el ser.

Junto a su aspecto propagandístico, que vocea una necesidad constante de protección institucional, la formidable cantidad de literatura dedicada a acciones criminales tiene también un sentido más profundo. Muestra «hasta qué punto se han vuelto problemáticas las leyes», y expresa una nostalgia por el estatuto de persona singular concreta dentro del masificado anonadamiento. El criminal es una especie de soberano que acepta las premisas del nihilismo, aunque no admite ser suplantado en sus decisiones. Los conformes con una existencia gregaria tiemblan ante sus hazañas, si bien ese temblor posee notables elementos de ambivalencia; que sea finalmente venci-

do es lo único que les reafirma en su condición, y mientras él evita castigo —e incluso al sufrirlo— hay una secreta identificación con su actitud. Pero justamente esa ambivalencia traiciona una adhesión ciega al miedo, pues —como aclara Jünger— «en el criminal no se esconde tanto un emboscado cuanto un policía, cosa inmediatamente visible en los sitios donde accede al poder». Es la lógica del dominio quien insiste en no distinguir entre quienes desobedecen las leyes para lucrarse y quienes desobedecen las leyes por considerarlas injustas.

Al emboscado le queda no renunciar al ser propio, que es la *humanitas* en sentido estricto. Los medios para lograrlo —las armas empleadas— son asunto suyo y sólo suyo. A veces serán las mismas del que quiere perpetuar la violencia, y en ese sentido vale la pena recordar dos párrafos de *La emboscadura*:

En la antigua Islandia, por ejemplo, hubiera sido imposible un ataque a la inviolabilidad del domicilio en las formas en que ocurrió, como mera medida administrativa, en el Berlín de 1933, en medio de una población de millones de almas. Merece ser citado, como excepción honrosa, el caso de un joven socialdemócrata que en el pasillo de su apartamento abatió a tiros a media docena de los denominados “policías auxiliares”. Aquel hombre continuaba siendo partícipe de la libertad sustancial, de la antigua libertad germánica que sus adversarios ensalzaban en teoría. Naturalmente, el mencionado joven no había aprendido eso en el programa de su partido (...)

En el supuesto de que hubiera sido posible contar en cada una de las calles de Berlín con uno de esos casos, con uno solo, de otra manera habrían ido las cosas. Los periodos prolongados de calma favorecen ciertas ilusiones ópticas. Una de ellas es la suposición de que la inviolabilidad del domicilio se funda en la Constitución, se encuentra asegurada por ella. En realidad, la inviolabilidad del domicilio se basa en el padre de familia que aparece en la puerta de la casa acompañado de sus hijos y empuñando un hacha en la mano.<sup>5</sup>

Pero otras veces se servirá de armas mucho más devastadoras —las armas de la lucidez, la dignidad y la benevolencia. Con ellas no sólo frenará el progreso de la nada, travestida como pasión de poderío sobre otros. Podrá participar directamente en el sostén del mundo, pues el mundo se renueva a horas intempestivas, cuando los desolladores y su comparsa de comediantes duermen. Con lucidez, dignidad y benevolencia el emboscado oficia el más antiguo, repetido y venerable de los milagros: ayudar realmente a algún prójimo.

<sup>5</sup> Ob. cit., pp. 136-137.

**Antonio Escotado**